

FIRMAINVITADA



Itálica, en primer plano. La patria de Trajano se situaba a pocos kilómetros de Sevilla, e inmediata al Guadalquivir.

Foto: Junta de Andalucía

ANTECEDENTES FAMILIARES

Un **turdetano** al frente del **Imperio**

Los padres de la Historiografía moderna, en los siglos XVII y XVIII, borraron el rastro de la ascendencia hispana de Trajano. Sin embargo, Alicia M.ª Canto, profesora de la Universidad Autónoma de Madrid y Académica de la Historia, ha reunido en los últimos 30 años diversos testimonios y evidencias que demuestran las probables raíces autóctonas de su familia, y su apellido real.

Por **Alicia M.ª Canto.**

Especialmente desde el siglo XVIII, los historiadores europeos tendieron en sus trabajos, libros y manuales, a desvincular a los grandes emperadores del siglo II de su Hispania natal o ancestral. Por ello es imposible reconocer a través de estos autores sus raíces hispanas, o el peso que éstas pudieron tener en sus acertados reinados, hechos ambos que con gran frecuencia se silenciaban o desvirtuaban.

Así ocurre con Trajano, del que universalmente se afirma que, aunque nacido en la bella y estratégica Itálica, su familia Ulpia y sus raíces eran italianas, de la ciudad umbra *Tuder* (hoy Todi). En la doctrina común nacional e internacional es creencia inmutable –pues se cuentan apenas tres excepciones en cuatro siglos– que tal *gens Ulpia* se había asentado en Hispania en los tiempos de Escipión, en el año 206 a. C., "como la de Adriano", aunque para ello no existiera en realidad ninguna fuente antigua disponible. Pasa también con el propio Adriano, que para la mayoría ni siquiera había nacido en Itálica. Y con otros emperadores de este brillante periodo, como Marco Aurelio, al que se vincula más con su tío político Antonino Pío, de origen galo, que con su abuelo paterno, el poderoso triple cónsul cordobés (de *Ucubi*, la actual Espejo) Marco Annio Vero. Cuando, en el caso de Antonino Pío y Marco Aurelio, debieron más el imperio a Adriano y a las dos Annias béticas, madre e hija, sus respectivas y casquivanas esposas.

Esta situación explica que tradicionalmente los emperadores del siglo II aparecieran familiarmente desconectados. Se les ubicaba, juntos o por sepa-

rado, bajo definiciones globales como "Antoninos" (la más general e injusta), "Buenos" o "Adoptivos", que muchos autores siguen hoy utilizando a pesar de que realmente no concuerdan con los textos literarios o las pruebas epigráficas, que abundan en lo contrario.

Se puede decir que la discrepancia de los historiadores modernos a la hora de clasificar y definir a la serie imperial que comenzó con Nerva (96 d. C.) y terminó con Cómodo (muerto en 192 d. C.) era y es simplemente estrepitosa. Como comenté en 1998, clasificar a Trajano como "el segundo antonino" (así lo hacen sus importantes biógrafos Léon Homo, en 1969, y E. Çizek, en 1983) hubiera dejado de piedra al propio Trajano, que se preguntaría ante todo a qué desconocido y tan importante Antonino se referían, pues, al acceder él al trono, el futuro Pío contaba con apenas 12 años.

Durante décadas y siglos se han perpetuado todos estos tópicos, por la simple repetición acrítica de conceptos previamente fijados por grandes firmas de la Historia Antigua. Por esta razón se hace preciso desmontarlos con paciencia y sólidos argumentos, mediante una revisión prudente pero decidida de los textos antiguos ya conocidos y de los nuevos materiales.

> Cuando Trajano accedió al trono Antonino Pío, que da tradicionalmente nombre a la dinastía, contaba apenas 12 años

Las raíces de Trajano

Del complejo y soterrado complot bético-narbonense que consiguió la llegada al trono de un genuino nativo de Hispania me vengo ocupando desde 1985. En 1991 publiqué un artículo en la revista alemana *Chiron* acerca del papel que pudo desempeñar en todo ello el poderoso y temido triple cónsul Lucio Licinio Sura, para mí un italicense cuya familia paterna procedía de Tarraco. Me basaba en uno de los más famosos testamentos romanos, muy mal conservado, llamado por Mommsen *testamentum Dasumii*. En él son citados Trajano, Adriano y varios senadores y personajes béticos, aunque no se conserva el nombre del riquísimo testador.

En 1998 tuve ocasión de ocuparme de lo poco que se sabía seguro sobre la genealogía y la familia natal del emperador Trajano al preparar, a petición del Ministerio de Educación y Cultura español, un *stemma* o árbol genealógico de Trajano y sus sucesores para uno de los paneles de la gran exposición conmemorativa del "Año de Trajano" que se exhibió en Zaragoza y Mérida en 1998 y 1999. Esto me llevó, ya en el catálogo, a tratar ese brillante siglo II como la obra de una dinastía hispana, por lo que lo llamé ya *Saeculum Hispanum*.

A raíz de aquel encargo me decidí a revisar más en detalle lo ya conocido, y a estudiar algunas claves acerca de los

Viejos problemas historiográficos

Tradicionalmente la historiografía sostuvo la idea de que Trajano, «el mejor de todos los emperadores», era tan italiano y romano como los demás, aunque por una vieja emigración hubiera nacido fuera de Italia. Se presuponía, también, que los emperadores del siglo II no tenían relación alguna de parentesco entre sí, sucediéndose por meras y casuales adopciones. Tal razonamiento se debe en buena parte a una inercia dogmática que arranca de los grandes historiadores europeos de los siglos XVII y XVIII, tales como J.-B. Bossuet (1681), L.-S. Le Nain de Tillemont (1691), el barón de Montesquieu (1734-1748) y, sobre todo, Edward Gibbon (1776).

Cuando se estaban asentando los pilares de la Historia de Roma, España era una potencia odiada por los países europeos más influyentes en la bibliografía posterior. Además carecía de historiadores de talla que pudieran oponerse a los citados estudiosos, si es que siquiera llegaba a conocerse aquí puntual y ampliamente lo que decían. Para los grandes historiadores europeos del momento debía de ser difícil reconocer que «la mejor centuria de la Historia de la Humanidad», según bautizó al siglo II Gibbon, la inaugurara y la determinara en cambios esenciales, un hispano.

Esta tácita renuencia se aprecia, en esa misma época, en los mismos próceres de la Historia de los que arrancan definiciones tan poco apoyadas históricamente como las de "emperadores antoninos", "buenos emperadores" o "emperadores adoptivos", todas ellas utilizadas desde entonces y destinadas a negar que en el siglo II hubiera una verdadera dinastía y, más aún, que pudiera ser de orígenes hispanos.



El historiador Edward Gibbon, retratado por Henry Walton.



enigmáticos orígenes del *Optimus Princeps*. Según mi conclusión el emperador no era un Ulpio italiano, sino un *Trahius/Traius* italicense. Busqué pruebas de una ascendencia no italiana y de las raíces estrictamente béticas de quien llegó fundar una dinastía, y en realizada hispana, a la que propuse definir con más justicia, ya en 2003, como ulpio-aelia.

Como corolario de los trabajos citados –que, a su vez, profundizaban en una vieja intuición sobre los *Traii* recogida en mi tesis doctoral (1983) en torno a la epigrafía italicense–, dediqué una pequeña monografía a demostrar que Trajano era un turdetano. Esto es, un verdadero extranjero con respecto a Roma y a Italia, aunque estuviera, naturalmente, muy romanizado.

Marco Ulpio Trajano era un bético nato y neto. Y no sólo por su nacimiento, el 18 de septiembre del año 53 d. C., en la ciudad de Itálica, algo que se acepta con muy escasas excepciones, –como W. Eck o A. Caballos, aún en la vieja línea de J. Lipsio (1600)–, sino que también era turdetano por un hecho nunca cuestionado: su más vieja ascendencia por línea paterna. Para mí ésta no sería la de los Ulpios italianos de *Tuder*, sino una familia de notables locales de Itálica, los *Trahii/Traii*, apellido familiar o *nomen* indígena. De la adopción de su padre por un Ulpio derivaría realmente el *cognomen* o apellido propio *Traianus*.

Traianus pater fue un competente senador y general que por su lealtad y buenos servicios, especialmente durante la guerra civil de sucesión tras la muerte de Nerón (68-69 d. C.), fue ascendido a patricio por el emperador Vespasiano. De hecho, Trajano debía sentirse hijo de su padre biológico en igual medida que de Marco Cocceyo Nerva, el fugaz emperador que lo adoptó a toda prisa en octubre de 97, en lo que creo, como Ronald Syme, que fue un golpe de Estado encubierto, justo mientras Licinio Sura ejercía su primer consulado.

Esta doble paternidad y devoción de Trajano la demuestra un áureo acuñado hacia 115 d. C., en el que sus dos *patres* aparecen divinizados. Al tratar a su padre natural como un dios, e igualarlo a Nerva (aunque en distintos sitios del Olimpo) Trajano reconocía lo mucho que también le debía; más quizá que a Nerva, cuyo apellido familiar, Cocceyo, incluso siendo ya su hijo adoptivo y césar heredero, declinó aceptar aunque ésta era la norma legal en Roma.

Los cuatro textos fundamentales

No se conserva ninguna biografía de época de Trajano. Grandes historiadores coetáneos que pudieron hacerla, como Suetonio, Tácito o incluso Plinio el Joven, se abstuvieron, al igual que tampoco le cantaron poetas como Juvenal y hasta el hispano Marcial. Aunque es de notar que casualmente todos ellos progresaron mucho personalmente bajo su reinado.

El historiador del siglo IV Flavio Eutropio, aunque calificado por sir Ronald Syme como «poco académico» y «poco informado», era senador y nada menos que *magister memoriae* de Valente (364-378 d. C.). Por encargo de este emperador compuso su justamente famoso *Breviarium Historiae Romanae*. En dicha obra (8, 2, 1) afirma que Trajano era «de una familia más antigua que ilustre», lo que hace bastante normal que no se preserven muchos datos al respecto, lo que me parece un nuevo silencio a considerar máxime si en su tiempo no se quiso hacer mucho hincapié en su extranjería. El conservadurismo de la época en las tradiciones romanas se aprecia también en Plinio el Joven. En un panegírico tan minucioso como el que dedica en el 100 d. C. a su imperial benefactor, se esfuerza con todo cuidado a lo largo de su adulador discurso en no mencionar ni el lugar de nacimiento de Trajano, ni su ascendencia familiar más allá de su padre.

A pesar de las dificultades, en cuanto a su origen pueden rescatarse cuatro textos antiguos, que suelen recibir menos atención, cuando no son directamente malinterpretados o, incluso, pasados por alto.

El primero, en orden cronológico, es Dión Casio (155-post 235 d. C.), senador e historiador de origen griego con acceso a fuentes oficiales. Fue autor de una muy utilizada *Historia Romana*. En dicha obra (cita 1) elogia claramente la visión política de Nerva al adoptar a Trajano como hijo y sucesor, pues sólo tuvo

Las claves del origen de Trajano

1 Οὕτω μὲν ὁ Τραϊανὸς Καῖσαρ, καὶ μετὰ τοῦτο αὐτοκράτωρ ἐγένετο, καίτοι συγγενῶν τοῦ Νερούα ὄντων τινῶν. Ἀλλ΄ οὐ γὰρ τῆς τῶν κοινῶν σωτηρίας ὁ ἀνὴρ τὴν συγγένειαν προετίμησεν· Οὐδ΄αὖ, ὅτι Ἴβηρ ὁ Τραϊανὸς, ἀλλ΄ οὐκ Ἰταλὸς, οὐδ΄ Ἰταλιώτης ἦν, ἧττόν τι παρὰ τοῦτο αὐτὸν ἐποιήσατο, ἐπειδὴ μηδεὶς πρόσθεν ἀλλοεθνὴς τὸ τῶν Ῥωμαίων κράτος ἐσχήκει· Τὴν γὰρ ἀρετὴν, ἀλλ΄ οὐ τὴν πατρίδα τινὸς, ἐξετάζειν δεῖν ᾤετο.

De esta forma Trajano se convirtió en césar y más tarde en emperador, a pesar de que Nerva tenía algunos parientes. Éste tuvo en cuenta más la salvación del Estado que los lazos familiares, y decidió adoptar a Trajano a pesar de que era un íbero, no un italo ni un italiota, y de que ningún hombre de otra raza había imperado antes sobre los romanos. Pensó que lo que había que tener en cuenta eran los méritos de un hombre, y no su patria.

Dión Casio, *Historia Romana*, LXVIII, 4, 1-2



Áureo de Trajano, acuñado antes de 115 d.C. A la izquierda Nerva, a la derecha Trajano el general, ambos *DIVI* y *PAT(res)*. Foto Museo Arqueológico Nacional, nº inv.1992/80/59, en Canto, 2003, fig. 4.

en cuenta el interés del Estado. En su decisión no fue un obstáculo que Trajano fuese «un ibero, no un italo, ni un italiota», o que ningún *álloethnès* (extranjero) hubiera sido antes emperador.

Dión Casio, que escribe en griego, no puede decir más claramente que Trajano era ibero, que no había nacido en Italia ni tampoco de familia italiana emigrante (italiota). Precisa aún más que era de otra raza (*álloethnès*), y por ello el primer emperador de origen foráneo que alcanzaba al trono. Era esta extracción genuinamente provincial y autóctona lo que para un historiador como él hacía tan excepcional su ascenso a emperador, por mucho que se tratara de un natural de una provincia altamente romanizada como la Bética, y de una familia que era ya senatorial y dos veces consular.

El segundo autor es Sexto Aurelio Víctor (h. 320- h. 390 d. C.), prefecto del emperador Juliano y posiblemente cónsul. Como historiador escribió una *Historia de los Césares* terminada hacia 360 d. C. Son importantes en él dos textos. El primero de ellos (cita 2) es precioso para mi tesis dinástica de los ulpio-aelios, su origen externo y su favorable influjo en la dirección de los destinos de Roma.

El dictamen histórico de este senador romano es demoledor en varios sentidos. No es extraño que este texto apenas aparezca en las biografías y manuales europeos, e incluso españoles, porque contradice de plano las tesis más tradicionales de la Historiografía desde el siglo XVII, y de una forma brutalmente histórica. Pasa, a continuación de este resumen introductorio, a referir datos de las vidas de todos los emperadores del siglo II, incluyendo, naturalmente, a Trajano, que resulta así un llegado de fuera, un «foráneo».

Unos párrafos más abajo, empezando ya la biografía del emperador, cita su origen hispano en el mismo sentido que Dión Casio (cita 3). Como vemos, Aurelio Víctor vuelve a marcar aquí la excepcionalidad de que Nerva adoptara y designara a un sucesor de origen provincial, justificándolo en el hecho de que era senador, y ya había sido cónsul.

El último de los textos históricos sobre la ascendencia de Trajano es el *Epitome de Caesaribus,* de fines del siglo IV d. C. Es una compilación muy breve de todos los emperadores desde Augusto a Teodosio. Atribuída durante mucho tiempo a Aurelio Víctor, es más probable que esta obra sea anónima y se base en varias fuentes previas y no sólo en Víctor, pues aporta más información. Al comenzar la biografía de Trajano nos regala un párrafo (cita 4), habitualmente malinterpretado, a mi juicio. Bien leído, afirma no sólo que Trajano era un turdetano (con una corrección argumentada, la que pongo entre corchetes angulares), sino que además por su linaje paterno, el masculino, no era un Ulpio, sino un Trayo.

Lo que corrijo es el *ex urbe Tudertina,* que viene en varios manuscritos que pudieron ser alterados en la Edad Media. La procedencia tudertina contradice en la práctica los textos anteriores, pero todos los historiadores se han empeñado durante siglos en afirmar y repetir, a partir de este texto, que la familia de Trajano era oriunda de *Tuder*, la actual Todi, en la Umbría italiana.

La lectura “turdetana”

Antes de 1998 yo misma había aceptado, como todo el mundo, que no había que corregir la palabra *Tudertina* de los manuscritos del “*Epitome*”. La primera vez que esta enmienda, *Tu<rdeta>na*, se propuso fue en fecha tan lejana como

Las claves del origen de Trajano

2 *Hactenus Romae seu per Italiam orti imperium rexere, hinc advenae quoque; nescio an ut in Prisco Tarquinio longe meliores. Ac mihi quidem audienti multa legentique plane compertum urbem Romam externorum virtute atque insitivis artibus praecipue crevisse.*

Hasta entonces habían regido el Imperio hombres nacidos en Roma o en Italia. A partir ahora, sin embargo, [lo harían] los llegados de fuera, y no sé incluso si ellos fueron con mucho los mejores, igual que pasó con Tarquinio Prisco. Pues para mí, que he escuchado y leído muchas cosas, está muy claro que Roma prosperó sobre todo gracias a los méritos de los emperadores foráneos, y a las cualidades que ellos importaron.

• •

3 *Namque (scil.,* Nerva) *Ulpium Traianum Italica, urbe Hispaniae, ortum, amplissimi ordinis tamen, atque etiam consulari loco, arrogatum accepit dedit.*

Ya que [Nerva] adoptó como arrogado a Ulpio Trajano que, aunque natural de Itálica, ciudad de Hispania, al menos pertenecía al orden senatorial y ya había sido cónsul.

Aurelio Víctor, *Historia de los Césares*, 12-13

Las claves del origen de Trajano

4 *Ulpius Traianus, ex urbe Tu<rdeta>na, Ulpius ab avo dictus, Traianus a Traio paterni generis auctore vel de nomine Traiani patris sic appellatus, imperavit annis viginti.*

Ulpio Trajano fue emperador durante veinte años. (Oriundo) de una ciudad turdetana, su apellido fue Ulpio por su abuelo, y se le llamó Trajano, o por Trayo, el fundador del linaje paterno, o bien del apellido familiar de Trajano, su padre.

Epitome de Caesaribus, 13



1600. La hizo el célebre belga Justo Lipsio, en sus *Dissertatiuncula apud principes. Item C. Plini Panegyricus liber Traianus dictus* (Amberes, 1600, págs. 37-38).

Lipsio, un protegido de la corte española a través de la infanta Isabel Clara Eugenia, quizá propuso la enmienda por razones diplomáticas (según sugirió en 2000 J. M. Maestre). Sin embargo, dejó la cuestión abierta al argumentar acto seguido contra su propia idea. Por mala suerte además la quiso apoyar con una inscripción falsa que hacía de Trajano un arévaco (CIL II 232*), con lo que su propuesta de corrección textual, que era buena, no prosperó.

La misma lectura recogió, y defendió con calor a favor de Itálica, el humanista sevillano Nicolás Antonio en 1696 (*Bibliotheca Hispana Vetus*, pp. 92-96 de la edición de 1788). Cayó en el mismo error que Lipsio, pero añadió el acierto de recordar por primera vez a los *Traii* de *Arva* (Alcolea del Río). A pesar de todo ello, la propuesta turdetana volvió a caer en el olvido.

No se volvió a retomar seriamente hasta dos siglos y medio más tarde, en 1868, por el suizo J. Dierauer. Éste sólo fue apoyado, ya a fines del siglo XX (1974), por otro alemán, J. Schlumberger, sin ser secundados en general ni el uno ni el otro. Entre los españoles modernos, sólo Ángel Montenegro (1954) fue un decidido partidario de la hispanidad remota del emperador. Contestaba así a los desesperados intentos de otro gran biógrafo, Roberto Paribeni (1926-1927), para salvar la procedencia italiana de Trajano.

Cuando tanto tiempo después me propuse revisar críticamente los textos sobre Trajano llegué, para mi propia sorpresa, a la misma conclusión que mis predecesores: el texto original no podía decir *Tudertina*, sino *Turdetana*. El problema era aportar argumentos de más peso, capaces de calar en la historiografía.

Pero convencer a los historiadores del mundo de que la única lectura posible es *ex urbe Turdetana* es difícil, incluso entre los españoles. Hay contadas excepciones como la de José M.ª Blázquez, firme partidario de mi hipótesis en su monografía sobre Trajano (Ariel, 2003) o en sus estudios en la Fondazione Canussio. El resto sigue repitiendo en bloque, e incluso defendiendo, la ascendencia italiana de Trajano.



Retrato colosal, procedente del Foro de Trajano en Roma. Es posible que se trate de la madre de Trajano, Ulpia ¿Marciana?, aunque usualmente se ha atribuído a Agripina la Menor (cf. D. Boschung y W. Eck, *AA*, 1998 y Canto 2003 fig. 5).

Un peso pesado como Syme reforzó la procedencia italiana del emperador en su celebérrimo *Tacitus* (Oxford, 1958, p. 31 con nota 1, y p. 595). En esa obra citó una inscripción perdida de *Tuder* (CIL XI, 4686) en la que se mencionaría a un supuesto *M. Traius M. f.* Sin embargo, el gran epigrafista L. Muratori había visto aquella inscripción y, siguiendo su interpretación, insólitamente descartada, en realidad se trata de una dedicación de dos Attios a un tercero.

Desde J. Bennett (1997) hasta M. Griffin en la última edición de la influyente *Cambridge Ancient History* (2000) –en la que además se adjudica a Dión Casio una inexistente «mirada de desprecio por ser español», p. 101–, se continúa la misma línea de Syme, con el consabido predominio de lo escrito en inglés, sea o no cierto.

Tu<rdeta>na, a pesar de todo, es la lectura correcta y algún día se impondrá por un hecho de peso (al menos de tanto peso como el de los argumentos del gran Syme): que el adjetivo *Tudertinus/a* no existió en latín. Ni en el literario, ni en el epigráfico. Los habitantes de *Tuder* se llamaban *Tudertes*, incluso *Tudernes* (según calificaba Plinio a las viñas de esta localidad), pero jamás *Tudertini*. Por lo cual, sencillamente, nunca pudo existir una *urbs Tudertina*. Es lo que llamamos un fantasma textual, con su correspondiente secuela de fantasma historiográfico.

Y, aunque sea verdad (como algunos han argumentado en apoyo de la tesis tradicional) que el apellido Ulpio es de origen osco-umbro, debe prevalecer lo anterior. Máxime en cuanto comprobemos que la *gens* natal de Trajano, la paterna, tampoco fue la Ulpia. Por un lado y por otro, pues, la lectura *Tudertina* pierde el sentido y el crédito de los que secularmente viene disfrutando.

Lo anterior queda ratificado por lo que sigue en el texto del anónimo Epitomador (cita 4), que por ello es el más fundamental respecto a los orígenes de Trajano. Continúa informándonos de que Trajano «era un Ulpio por su abuelo», una observación superflua si su familia paterna hubiera sido la Ulpia desde siempre, desde Italia, o "desde los tiempos de Escipión".

Por el contrario, al no indicar de qué línea habla, hemos de entender, como en otros casos, que no es la paterna. Y, por tanto, que Trajano era un Ulpio por su abuelo materno. Si lo interpretamos así, como manda la lógica, el panorama familiar de Trajano cambia instantáneamente y por completo. Como corroborando esta manera de analizarlo, acto seguido el Epitomador pasa en efecto a la línea masculina, diciéndonos que el nombre Trajano lo debía, «bien a Trayo, el fundador de su linaje paterno», «o bien al de su padre», el general. Lo cual sugiere a su vez que "Trajano" tampoco era un apelativo original en el

propio padre del emperador.

En resumen, el autor nos dice de una manera concisa que si Trajano era un Ulpio lo era por la línea materna y esto nos permite deducir varios hechos. El primero es que el padre de Trajano, M. Ulpio Trajano, no era por su sangre un Ulpio. En segundo lugar, que el *avus Ulpius* que cita la Historia de los Césares tuvo que ser más bien el abuelo materno. Y en consecuencia, que la madre de Trajano no sería, como se viene pensando, una Marcia, sino la auténtica Ulpia. Por último, que el fundador del linaje de Trajano era un *Traius* (o *Trahius*, como más tarde veremos), mientras que la *gens* o familia Ulpia era la materna.

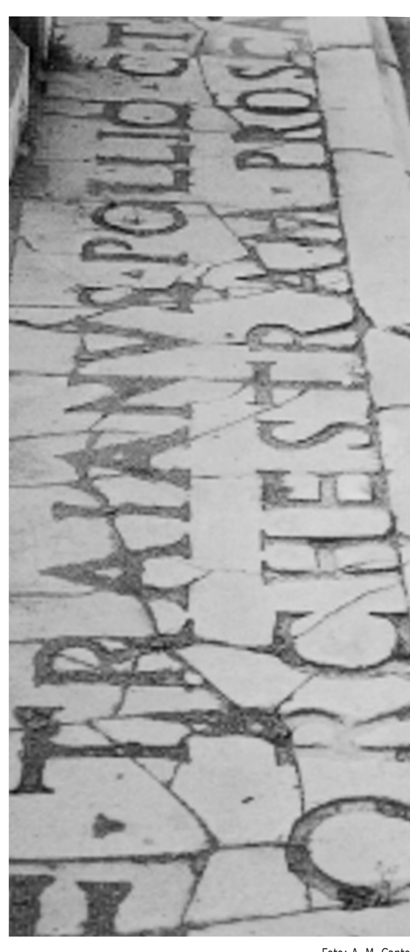
En efecto, al no haber existido nunca una ciudad *Traia* de la que pudiera derivar el nombre (como sí hay una *Hadria* para Hadriano), la explicación de un *cognomen* como Trajano sólo puede encontrarse en la adopción de un Trayo (*Traius)* por parte de su suegro Ulpio, que sería el abuelo materno de Trajano. En estos casos normalmente el apellido de nacimiento pasaba a ser nuevo *cognomen* con la terminación *–anus*. Ése sería exactamente el caso del padre de Trajano: *Marcus Ulpius Trai-anus*.

La adopción legal era algo muy frecuente entre élites romanas carentes de hijos varones, con objeto de que al menos el yerno y los nietos preservaran tanto el apellido como el patrimonio.

Todas ellas son conclusiones a las que se puede llegar sólo con analizar de otra forma más estricta a un autor antiguo y bien informado. Si en cuatro siglos sólo se ha defendido esta lectura cuatro veces, y sólo en lo relativo a rechazar el *Tudertina* (pues los demás elementos de juicio aún no se conocían), se debe al enorme peso de la tradición y de grandes autores de la Historia Antigua, así como a la resistencia a abandonar axiomas de siempre conocidos.

Los *Trahii* italicenses

Entre 1971 y 1973, durante las excavaciones del teatro de Itálica en las que participé, apareció una enorme inscripción de más de 20 metros de largo, de cuidado mármol blanco. Estaba originalmente cubierta con letras de bronce dorado. En mi opinión, ratificada en 1977 por una competente estratigrafía de M. Pellicer, no es augustea, como dice unánimemente lo que llamo la "ortodoxia italicense", sino parte de la gran y esperable ampliación y embellecimiento del edificio en los primeros decenios del siglo II d. C., cuando dos italicenses se convierten consecutivamente en emperadores.



Detalle de la gran inscripción de la *orchestra* del teatro de Itálica, con las dedicaciones de los *duoviri* y *pontifices primi creati* coloniales *L. Blattius L.f. Traianus Pollio* y *C. Tr[ai]us C.f. Pollio*. Estamos ante dos posibles parientes locales de Trajano y Adriano.

Foto: A. M. Canto

En la inscripción se podía restituir el apellido del segundo de los dedicantes. Es lo que hice en 1981 y 1983 (con casi general aceptación) como *Traius: C. Tr[ai]us C. f. Pollio*. Éste, junto con un probable hermano o primo local, *L. Blattius L.f. Traianus Pollio* (quizá otro Trayo, adoptado esta vez por un Lucio Blattio), había regalado valiosas mejoras y obsequios en el teatro. Ambos serían los primeros pontífices y alcaldes (*duoviri*) de la nueva colonia de Itálica, ahora ya, por concesión de Adriano, *Aelia Augusta* y de derecho romano.

A partir de ambos, en 1981 ya se podría inferir que la *gens* o familia Traya existía y era importante en la ciudad. Lo repetí en 1983 en mi tesis doctoral, reuniendo y anotando el proporcionalmente alto número de Trayos que se documentaba en Hispania, donde hay once de los doce casos conocidos en todo el Imperio. Se trata, pues, de un apellido raro e infrecuente y, según su casuística y localización, más propiamente bético.

En 1984 aquella intuición fue recompensada por el ciego azar con un imprevisto hallazgo muy favorable a la imaginada existencia y antigüedad de los Trayos italicenses: un espléndido mosaico en el clásico *opus signinum* tardorrepublicano, que feché hacia 90-70 a. C. y propuse formara parte de la vieja curia de Itálica, en su época estatutaria de colonia latina, antes de ser un *municipium* romano con César. Su texto, según mi lectura, sería así:

> *M(arcus) Trahius C(aii) f(ilius), pr(aetor), Ap[ollinis aedem?] de stipe, idemq(ue) caul[as d(e) s(ua) p(ecunia) fac(iendum) coir(avit)?].*

Esto es: «Marco Trayo, hijo de Cayo, pretor (de Itálica), se encargó de que se construyera el santuario de Apolo del dinero de los donativos, y al mismo tiempo, a sus expensas, las cancelas».

En el curso de este cuarto de siglo desde que apareció, la datación del contexto arqueológico de esta excavación y la del mosaico se han querido llevar a época augustea. Se pretendía así que este arcaico pavimento fuera contemporáneo de la inscripción del teatro, que para muchos autores sería igualmente augustea. Algo inverosí-



mil, entre otros detalles, sólo con comparar la concepción, los materiales y las letras de ambos.

Una gran mayoría de los autores que han tratado del mosaico han querido insistentemente desarrollar la abreviatura *PR·* como *pr(aefectus)*: prefecto de algún *collegium iuvenum* de época augustea, de un *collegium* de Apolo, de obras, o hasta de un *collegium* encargado del mantenimiento del *aedes* (*sic*). Todas estas lecturas se han propuesto a pesar de que la abreviatura de *praefectus* sea usualmente *PRAEF·*. Además de que tales colegios juveniles no se pueden documentar en las provincias hasta mucho tiempo después de Augusto.

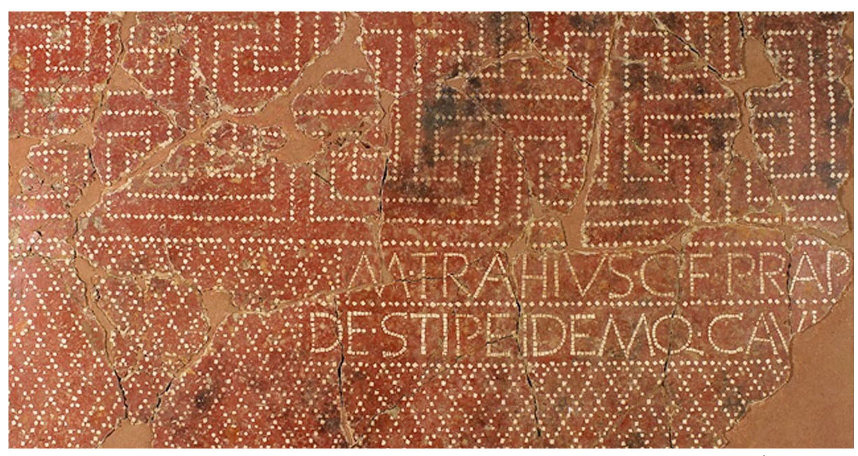


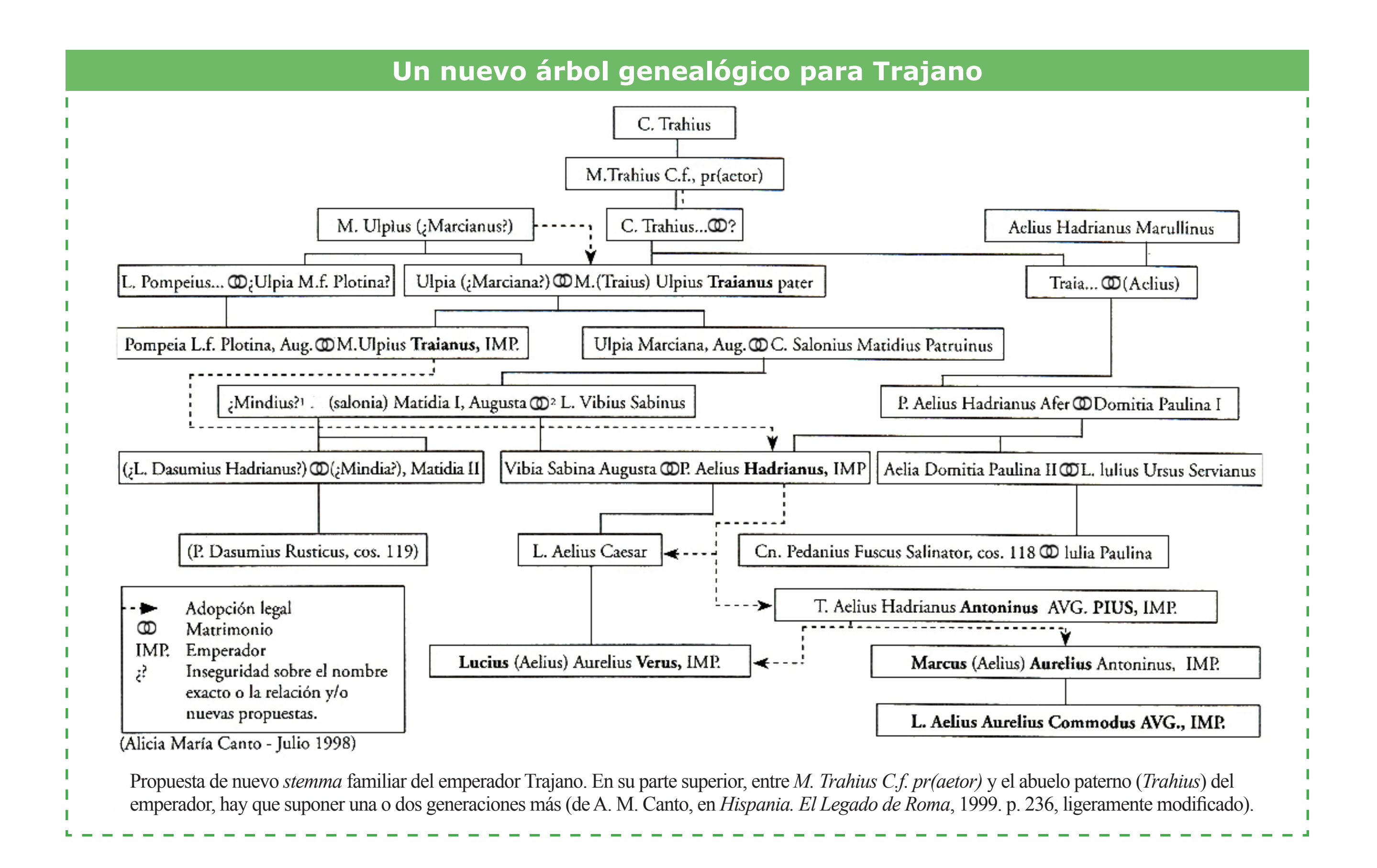
Foto: E. Sáenz de San Pedro

Mosaico de *Marcus Trahius.* Museo Arqueológico Provincial de Sevilla.

Lo más sencillo y coherente es leer en el mosaico la normal y corriente abreviatura *PR·* de un *pr(aetor)* latino. Naturalmente, este cargo público y estatuto serían imposibles en una Itálica augustea. Lo cierto es que las evidencias arqueológicas, epigráficas y de paralelos musivos, en Hispania e Italia, a favor de una cronología republicana, resultan demasiado contundentes, y apuntan al primer tercio del siglo I a. C. El mosaico de *Trahius* demuestra, de paso, el carácter estatutario de Itálica como colonia latina por aquel entonces. De hecho, quizá lo era desde muy poco después de su fundación romana, en el 206 a. C. Del mismo modo, el texto del suntuoso epígrafe marmóreo y broncíneo de la *orchestra* sólo se explica adecuadamente a comienzos del siglo II d. C.

El mosaico, aparte de ser un bello e infrecuente ejemplar de este tipo de pavimentos en la Bética, nos revela al que creo es el más antiguo Trayo notable del que tengamos noticia. Conserva este Trayo una interesante y arcaica H inter-

Un nuevo árbol genealógico para Trajano



Propuesta de nuevo *stemma* familiar del emperador Trajano. En su parte superior, entre *M. Trahius C.f. pr(aetor)* y el abuelo paterno (*Trahius*) del emperador, hay que suponer una o dos generaciones más (de A. M. Canto, en *Hispania. El Legado de Roma*, 1999. p. 236, ligeramente modificado).

media en su nombre (*Trahius*), como las *trahae* agrícolas turdetanas que mencionan Varrón y Columela en sus tratados de agricultura y que aún hoy llamamos traíllas.

En cuanto hijo legítimo de Cayo Trayo (como evidencia la filiación *C. f.*), Marco era ciudadano latino desde al menos alguna generación más. Quizá, como supuse, descendían de aquellos "indígenas escogidos" que los romanos solían invitar a convivir con ellos, en su habitual fórmula de sinoicismo. No lleva *cognomen* o tercer nombre, como era lo usual en esa época (al contrario que bajo Augusto).

Su cargo de máximo magistrado en Itálica, así como la saneada economía de Marco Trayo, que paga de su propio peculio las cancelas del edificio, probablemente de bronce, permiten deducir que estamos ante un rico ancestro directo, masculino, de ambos Trajanos y por tanto, según mi hipótesis, dentro del esquema patrilineal del emperador.

Por el cálculo de generaciones, podríamos incluso hallarnos ante el mismísimo *auctor generis paterni,* el «fundador del linaje paterno» del que nos hablaba el autor del *Epitome*. Ésta es una prueba material, como dice Eutropio, de que la familia era *antiqua*, pero no *clara*. Es decir, no era ilustre por no haber entrado en el Senado hasta, probablemente, la época de Claudio o Nerón, algo antes de que Vespasiano hiciera patricio y cónsul al padre de Trajano.

Si tratáramos de calcular por generaciones, dando a éstas una media de 25 años, el *praetor* Marco Trayo, hijo de Cayo, sería el cuarto o quinto abuelo del emperador, nacido entre los años 120 y 90 a. C., según se date el mosaico dentro del abanico de fechas que propuse más arriba. Sumando al padre de Trajano y a él mismo, se completarían cinco o seis generaciones. Buena prueba, pues, de que los Trayos formarían parte de la élite municipal italicense, y de que eran seguramente ya muy ricos al menos desde tres o cuatro generaciones antes de Trajano.

En todo caso, este Marco Trayo, ocupado en embellecer el templo de Apolo que solía estar adjunto a la *curia* o sede política de una ciudad, estaba muy lejos de imaginar que algún día, casi dos siglos más tarde, un tataranieto suyo llegaría a ocupar la más alta magistratura del nuevo régimen del Principado que sustituyó a la República en la que él vivió. Y menos aún de que podría figurar con pleno derecho como lejano cimiento del prestigioso *stemma* o árbol genealógico de la brillante y muy bética, aunque también ya muy romanizada, dinastía ulpio-aelia. ◙

PARA SABER MÁS:

• CANTO, A. M.: http://uam.academia.edu/AliciaMCanto

• BLÁZQUEZ J. M.ª (2003): *Trajano.* Ariel. Barcelona.

• VV. AA. (2003): *El Imperio de Trajano.* Actas. (J. M.ª Blázquez y J. Alvar edd). Madrid.

• VV. AA. (2005): *Marco Ulpio Trajano, emperador de Roma. Documentos y fuentes para el estudio de su reinado.* (J. González y J.C. Saquete, coords.). Junta de Andalucía. Sevilla.